

Carlos A. Romero

RUBEN VARGAS UGARTE, S. J.

Entre los hombres que se sucedieron en la Dirección de la Biblioteca Nacional, después de la guerra del 79, ninguno llegó a ocupar por tantos años el puesto ni se entregó a las tareas propias de su cargo como D. Carlos A. Romero. Habiendo ingresado en el año 1883, como auxiliar, ejerció interinamente el cargo de Director, de 1924 a 1926, y luego como titular desde el año 1928 hasta el año 1943: Cumplió, pues, sesenta años al servicio de la Biblioteca, una vida entera podemos decir. No se ha reconocido, como se debiera, la labor que desarrolló al frente de la Biblioteca, y aun en las escasas notas biográficas que se han publicado después de su muerte, se han pasado por alto sus reales merecimientos y se ha regateado el elogio a su obra histórica (1). Por esta razón creo que es tiempo de reivindicar su memoria, tanto más, cuanto que después del incendio de la Biblioteca, la malevolencia de unos y la desatentada ingerencia de otros llegó a enlodar su figura con la increíble inculpación de haber sido causa del grave siniestro que redujo a pavesas nuestra antigua Biblioteca Nacional. Esto podría haber sido obra de un loco, pero no de un hombre cuerdo como D. Carlos, y de un hombre que amaba la Biblioteca y le había consagrado lo mejor de su vida. El asunto se llevó a los tribunales y, después de una severa investigación, se llegó a la conclusión de que no cabía ni intentar un proceso contra el viejo Director de la Biblioteca y se mandó cortar el juicio. Esta fue, digámoslo así, su primera vindicación, pero de ella no se dieron cuenta muchos, ya que él mismo no se esforzó por que se le diera la publicidad necesaria. Persuadido de su inocencia, y sin tener que reprocharse nada en el desempeño de su cargo como bibliotecario, se contentó con el veredicto de los jueces y aguardó a que la posteridad lo absolviese también de los gratuitos cargos que se le imputaban.

D. Carlos A. Romero nació en Lima el año 1863 e hizo sus estudios de segunda enseñanza en el Colegio que dirigía D. Agustín de la Rosa Toro y en el

1 La *Revista Histórica* publicó una rápida nota bibliográfica de Alberto Tauro y en el tomo XXII de la misma Revista, Evaristo San Cristóbal, con más extensión y, haciendo el debido aprecio de la labor del extinto, escribió una nota que es a un tiempo biográfica y bibliográfica.

Colegio Nacional de Guadalupe. Apenas terminados sus estudios, cuando sólo contaba diecisiete años de edad, se enroló en el ejército como voluntario e hizo la campaña de Lima, combatiendo en los reductos de Miraflores. Deshecho nuestro ejército, el joven Romero hubo de aguardar a que viniesen mejores tiempos y, durante el gobierno de Iglesias al abrir sus puertas la Biblioteca Nacional, bajo la dirección de D. Ricardo Palma, entró como auxiliar, al servicio de esta Institución. Cúpole al animoso muchacho pasar por las penurias que atravesaba el país, y empezar sus labores en un tiempo en que el Director de la Biblioteca podía llamarse a sí mismo "el bibliotecario mendigo" y en que se retribuía muy escasamente al personal a sus órdenes. Pero Romero, que tenía vocación de bibliotecario se amoldó a este ambiente y halló en los libros sus mejores amigos. Siguiendo las huellas de hombres que le habían precedido, como Enrique Torres Saldamando, Manuel T. González de la Rosa y aun de algunos de sus colegas, como D. Pedro J. Calderón, aprovechaba el tiempo que le dejaban libre sus tareas, para revolver infolios y escudriñar en nuestro rico pasado. De este modo fue reuniendo un caudal de conocimientos que, más tarde, daría a conocer en las publicaciones en que ensayó su pluma.

Su bibliografía es extensa, aun cuando no contara con recursos para la publicación de sus obras, pero en las revistas y periódicos del tiempo sus colaboraciones son frecuentes y le van conquistando la fama de investigador. Cuando Alberto Ulloa Cisneros emprendió la publicación de la *Revista de Archivos y Bibliotecas Nacionales*, llamó a Romero para que le ayudase en la tarea, porque ya entonces se había ganado mercedamente la fama de juicioso investigador de nuestro pasado y buen conocedor de las fuentes de nuestra historia. En los cinco volúmenes que alcanzaron a ver la luz aparecieron documentos de innegable valor, que yacían ocultos entre los papeles de nuestros archivos. Casi por el mismo tiempo en que aparecía la citada Revista, el *Ateneo* de Lima promovía un concurso a fin de dilucidar el punto relativo a los compañeros de Pizarro en la Isla del Gallo. La monografía escrita por Romero, que llegó a publicarse en una separata de la revista y lleva por título *Los 13 de la Isla del Gallo*, mereció justamente el premio y acreditó aún más a Romero como investigador de calidad.

Desde entonces, puede decirse que no deja la pluma en reposo. Basta recordar que en 1906, en el mes de marzo, aparece el primer número de la *Revista Histórica*, órgano del Instituto Histórico del Perú, hoy Academia Peruana de la Historia. Romero es nombrado Director de la revista y no cesa en el cargo hasta 1943. Son treintisiete años de una labor asidua, que podrán apreciar los entendidos en la materia y que bastan a acreditarlo. La revista debía aparecer trimestralmente. En general apareció con esta regularidad, pero desde el año 1912 empiezan a notarse deficiencias y la revista deja de aparecer cada tres meses, como se había prometido. Sin embargo, la publicación de la misma continúa, aunque el Director tiene que hacer esfuerzos por hallar

colaboraciones, pues hubiese sido impropio que él solo corriese con las páginas de la revista. En los dieciseis volúmenes que alcanza a publicar D. Carlos, el lector hallará una rica y escogida colección de trabajos históricos, casi todos de primera mano, que hoy resultan indispensables para los que buccan en nuestra historia. Gracias a su perseverante labor y a sus conocimientos de la materia, la revista se mantuvo con dignidad hasta el año en que el incendio de la Biblioteca Nacional, obligó a suspender temporalmente su publicación (2).

Pero D. Carlos no se limitó a publicar la revista. Contribuyó también al adelanto de los estudios históricos, con publicaciones de diversa índole, entre las cuales merece señalarse la *Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú*, que comenzó a publicarse en el año 1916 y de la cual aparecieron dos series. No todos los libros eran inéditos, pero se trataba de obras poco conocidas y publicadas en libros de difícil adquisición. Así la primera serie, que consta de doce volúmenes, como la segunda, de diez, hubo de ser bien recibida por nuestro público y hasta hoy se la tiene en debido aprecio. Muchos de estos volúmenes tienen una introducción de D. Carlos A. Romero, y las notas que ilustran el texto son también suyas. En la primera serie cabe señalar el *Diario de Lima de Mugaburu*, que, por vez primera se daba a conocer y que D. Carlos publica con indudable acierto. En la segunda serie, tampoco faltan los inéditos, como la *Historia de los Incas* del mercedario Morúa, aunque a decir verdad el texto completo de esta obra no ha venido a ser conocido sino en fecha más reciente por la edición hecha con prolijo cuidado por el P. Bayle y Ballesteros.

A estos trabajos y otros que pudieran citarse y que nosotros no vamos a enumerar, porque no es nuestro intento hacer una bibliografía completa de su obra, se ha de añadir, sin duda alguna, la *Descripción y Población de las Indias*, de Fr. Reginaldo de Lizárraga, aun cuando la copia de que se valió Romero no fuera la más autorizada, y la *Memoria* del Virrey Avilés, publicada a expensas del Estado en 1906 y con la cual venían a completarse las *Memorias de los Virreyes del Perú* que empezó a publicar Lorente y continuó Manuel A. Fuentes.

Fuera de esa labor que no tenía inmediata relación con la Biblioteca, Romero desarrolló otra que cedió por entero en provecho de esta institución. No sólo clasificó sus fondos y seleccionó las obras de especial interés, sino que con paciente y silencioso esfuerzo empezó a formar la sección de manuscritos, en donde logró reunir los códigos que conservaba la antigua Biblioteca, antes de su saqueo por las tropas chilenas de ocupación, muchos de los cuales fueron devueltos por las personas a cuyas manos fueron a parar y otros, que fueron

2 Jorge Guillermo Leguía en el *Boletín Bibliográfico* de la Universidad Mayor de San Marcos publicó la bibliografía de D. Carlos A. Romero.

obsequiados por sus poseedores. Además, como en aquellos tiempos el Archivo Nacional tenía su sede en el local de la Biblioteca y el personal venía a ser el mismo, rebuscando en los legajos del Archivo, se hallaron piezas que, por la unidad de la materia y por su importancia, merecían conservarse aparte. Estos códices vinieron a enriquecer la colección de manuscritos, que encuadrada pasó a ocupar un armario ochavado al fondo del salón América. Allí se conservaron hasta el momento del incendio.

La Biblioteca, cuyo presupuesto era muy reducido, no estaba en condiciones de poder adquirir las obras que ofrecían en venta los anticuarios, así del país como del extranjero; pero en la época en que Romero asumió la dirección del establecimiento, él supo ingeniar para dotarla de los libros e impresos, sobre todo nacionales, que hacían falta en sus estantes. De este modo el fondo de libros impresos en el Perú fue acrecentándose con el tiempo y en la Biblioteca Nacional no faltaban las crónicas de la conquista y tampoco los cronistas conventuales. A este propósito referiré cómo le pude ayudar en tal útil tarea, obteniendo para la Biblioteca la famosa Crónica del franciscano Diego de Córdoba Salinas, que todavía no se había reimpresso. Aprovechando de un viaje que hice a Bolivia y la Argentina, en La Paz obtuve un ejemplar de dicha crónica en muy buen estado y a mi vuelta la traje conmigo y me desprendí de ella para que la Biblioteca no careciera de obra tan importante. Creo que se salvó del incendio, al menos en parte y todavía se guarda en ella.

Puso Romero particular empeño en reunir las *Relaciones de sucesos particulares*, las *Nuevas de Castilla*, los *Diarios de Noticias*, piezas todas precursoras de las Gacetas y de los periódicos que vinieron después y sobre las cuales publicó un erudito trabajo en la Revista Histórica. Buena parte de ellas vinieron a enriquecer el acervo bibliográfico de la Biblioteca y ello se debió a la diligencia y buen ojo crítico del Director. Casi todas estas publicaciones se salvaron del incendio, gracias a habérseles destinado un armario en el despacho del mismo Director, espacio al cual no alcanzaron las llamas.

Todo esto fue obra suya y, como su permanencia en la Biblioteca databa de tantos años y estaba familiarizado con los libros que en ella existían, a falta de catálogo, suplía su conocimiento de las salas, de manera que cuando no se encontraba algún libro se acudía a él a fin de ubicarlo. El Director se prestaba a hacer esta búsqueda y, con gentileza que le honra, ayudaba a los jóvenes investigadores que, como yo y otros, daban sus primeros pasos en el campo de la investigación. Romero no desdeñaba de prestar su ayuda a quienes la necesitaban. Muchos de los que después de él han cultivado la historia pueden ser testigos de lo que vamos diciendo. A todos sirvió Romero de guía y supo encauzarlos a fin de que con provecho realizaran su trabajo. Otro cualquiera habría encomendado esta labor a un subalterno, pero para no defraudar a los interesados, prefería hacerlo personalmente y con bondadosa generosidad. De haber contado con mayores recursos, el incremento de la Biblioteca

habría sido mayor, pero el presupuesto le asignaba una cantidad muy módica y el mismo Director venía a percibir un sueldo que casi podríamos llamar de miseria y que D. Carlos A. Romero hubo de aceptar. Ello le bastó para mantenerse en una medianía decorosa, gracias a su frugalidad y a la remoción de gastos inútiles. Vivía en una antigua casa del jirón Paruro, de reja, un patio de entrada, el salón y la cuadra, que hacía de comedor y habitaciones a los lados. Allí se retiraba al caer de la tarde, después de su visita a la imprenta de *El Comercio*, en donde por largos años se dedicó a traducir los cables procedentes del extranjero. Hecho esto, volvía a la Biblioteca, pero se retiraba a las oraciones, hasta el día siguiente, en que con toda puntualidad hacía su aparición en las primeras horas de la mañana.

No tuvo a sus órdenes secretario o amanuense, y él mismo respondía la correspondencia y redactaba los artículos que enviaba a la imprenta. Gracias a su buena salud, llegó a alcanzar más de noventa años de vida y no sintió sino muy tarde el desgaste de los años. Después de una vida transcurrida en la Biblioteca y haber prestado servicios eminentes a la institución, vino a fallecer alejado de ella en cierta manera como proscrito del lugar en donde había empleado lo mejor de sus energías. Olvidado de casi todos, vino a extinguirse en la casa en donde por tantos años había habitado el 31 de agosto de 1955, a los 91 años de su edad. En vida había recibido algunas distinciones; miembro del Ateneo, del Instituto Histórico, del cual fue fundador, de la Sociedad Geográfica de Lima y de muchas instituciones del extranjero. La Universidad de San Marcos por su Facultad de Letras en 1930 lo condecoró con el título de Doctor Honoris Causa y tardíamente, se le adjudicó el Premio Nacional de Historia Inca Garcilaso.

Esto último necesita una aclaración. Romero, ya retirado de la Biblioteca, había entregado al librero Klein el manuscrito de su *Imprenta en Lima*, obra en la cual había trabajado largos años y que esperaba poder publicar. Necesitado de recursos, creyó que podía presentar su trabajo, para que se le otorgase uno de los premios de cultura que para estímulo de los escritores nacionales se concedían anualmente. Me llamó a mí, a fin de que yo recabase el manuscrito de manos de Klein y lo presentase al concurso. Hícelo así. Hablé con Klein y yo mismo entregué en la Dirección de Educación Artística y Extensión Cultural el trabajo de Romero. Quiso Dios que se le asignase el premio, y así esta distinción como la suma que recibió, vino a remediar en parte la estrechez en que vivía y pudo disfrutar por un instante las alegrías del triunfo. La familia recobró el manuscrito, pero más adelante, el Director de la Biblioteca de Santiago, Feliú Cruz, lo pidió para publicarlo junto con *La Imprenta en Lima* del conocido bibliógrafo José T. Medina ⁽³⁾. *La Imprenta*

3 El Autor de estas líneas ha publicado en uno de los tomos de su *Biblioteca Peruana*, los impresos peruanos en el extranjero, donde registran unas 790 piezas no descritas por Medina en su *Bibliografía Hispano-Americana*. En los tomos siguientes llega a describir unas 5680 impresas en el Perú, es decir 1700 más que las registradas por el bibliógrafo chileno. Véase la citada *Biblioteca* y el *Suplemento*, publicado en Lima en 1968.

en Lima de este último ha sido reeditada en Santiago, pero la obra de Romero aún permanece inédita.

Fuera de esta obra, Romero me habló muchas veces de su Arqueología del valle de Lima. Este estudio lo había comenzado en su juventud, pues tuvo la suerte de acompañar a Max Uhle en sus excursiones por el valle y la ocasión de estudiar *in situ* las ruinas de los restos arqueológicos que se hallan diseminados en los contornos de la ciudad. Había completado este trabajo con los datos que halló en el Archivo Nacional, sobre los antiguos cacicazgos y otros de igual género, de manera que su obra venía a ser en lo posible la más completa que podía darse. De todo esto no han quedado trazas o, a lo menos, no hemos oído hablar de ello. Esta ha sido la suerte que han corrido muchos trabajos de nuestros investigadores, que carecían de recursos para dar a la imprenta el fruto de sus vigilias y tuvieron que resignarse a entregarlos a otros o al azar, que tan pronto es favorable como adverso.

Don Carlos tenía muy buena memoria y ella le había servido para retener infinidad de datos, que luego utilizó en sus escritos, pero también le sirvió para guardar en su mente muchas anécdotas o episodios de su vida de bibliotecario, entre las cuales ocupan el primer lugar sus relaciones con los Jefes del establecimiento, empezando por D. Ricardo Palma. Este empezó a sentir celos de su subordinado, al ver que con facilidad manejaba la pluma y que sus escritos eran tenidos en aprecio. Gajes del oficio, que no hicieron retroceder al joven Romero, sino antes al contrario fueron un aliciente para que prosiguiese en su labor, pero con más fundamento que el viejo tradicionista, el cual muchas veces daba por cierto lo que era tan sólo fruto de su fecunda imaginación. Recuerdo, por ejemplo, que Palma había dicho en una de sus tradiciones, en la cual se ocupaba de Doña Ana de Borja, la esposa del Conde de Lemos, que en Lima dieron en apellidarla "la Patona". Alguna vez el tradicionista, queriendo aquilatar los puntos que calzaba D. Carlos, le preguntó si había tropezado con el dato. Romero le contestó resueltamente que no había hallado el menor indicio del tal remoquete y esto, como se deja entender, no le agradó a Palma.

Alguno de los Directores, como el Dr. Deustua, a quien para que gozase de la prebenda lo habían nombrado Director, pero que en punto a biblioteconomía y bibliografía estaba poco menos que a copas, dejó en completa libertad a Romero, sabiendo que era el más entendido en achaques de libros y con su parecer adoptaba las medidas que pedía el buen orden de la institución. González Prada, hombre de más cultura y que pronto se dió cuenta de lo que exigía su cargo, fue también muy deferente con Romero. En su tiempo ocurrió el hecho que voy a narrar y que me refirió el mismo D. Carlos. Un caballero pidió el *Año Cristiano*, libro bastante conocido y que en otros tiempos no faltaba en los hogares cristianos. Por más que se buscó no se encontró el libro o los libros, porque el *Año Cristiano* tiene tantos volúmenes como meses tiene el año. El ca-

ballero se quedó admirado y pasó a la Dirección, en donde manifestó al Director que extrañaba mucho que en la Biblioteca Nacional faltara la obra. González Prada lo atendió con finura y le dijo que trataría de remediar la falta inmediatamente. Se despidió el buen señor y al punto González Prada llamó a Romero y le dijo: “es necesario que se busque un *Año Cristiano*, viejo o nuevo, pues no es posible que la Biblioteca carezca de esta obra”. Hízose así y D. Manuel, nada afecto a esta clase de obras, trató de conseguir la obra buscada.

Más que su obra escrita —valiosa sin duda y abundante—, habría que recordar también su silenciosa labor dentro de la Biblioteca, en la cual permaneció sesenta años. Esta es la razón por la cual no debe olvidarse a Carlos A. Romero. En la galería de los Directores, donde figura su retrato, le corresponde un lugar especial y en los anales del establecimiento debe registrarse su actuación como una de las más fecundas, provechosas y meritorias que se hayan conocido.